



❖ boletín informativo ❖

ASOCIACIÓN CULTURAL «AMIGOS DE MACOTERA»

Número 191

Ejemplar gratuito

Junio 2021

EL RÍO VENÍA CON AGUA

Se han cumplido cuatro meses desde la última vez que estuve en el pueblo. Desde entonces, no ha cambiado nada: la plaza y la iglesia siguen en el mismo sitio, lo mismo sucede con la plaza de la Leña, con las calles, con el silencio de las calles sin un alma. El reloj del Ayuntamiento sigue sonando igual; y, con su mismo tono y ritmo, las campanas de la iglesia y las de las ermitas de la Virgen de la Encina y del Cristo. Sí he notado algunas novedades curiosas:

han nacido dos niños en quince días, (más que en un año); y que el río de arena, se ha convertido en un río de agua. Y este río de agua se pasea por un cauce limpio, casi sin obstáculos. Se le puede ver fluir y avanzar durante un buen trecho. Ya no hay que agacharse ni colarse bajo una viga acostada para coger moras. Y me han comentado que está en proyecto construir un puente en el paso del molino, solo para personas y bicicletas. Y también está, en sus inicios, la creación de un parque de recreo para mayores y pequeños en los alrededores del excampo de fútbol. Y, durante mi paseo, además, he percibido que el campo, aún no florido, necesitaba mucha agua, y como los pájaros se afanan en trenzar sus nidos, donde depositar sus huevos y que sirvan de albergue de sus futuros congéneres, mientras disfrutan con sus idilios y arrumacos en sus tiempos libres.

Y, cuando llegué a la esquina de la calle de la Cuesta, Rita, María e Isabel les comentaban a Rita y a Gaspar todos los pormenores de la vacuna colectiva y comarcal del Viernes Santo en Peñaranda, (650 personas mayores de 80 años recibieron la primera dosis de la Pfizer); de la buena disposición del Ayuntamiento y de varios familiares y voluntarios en el traslado de los 84 macoteros, citados en las distintas horas, de la profesionalidad de los sanitarios y, en especial, de nuestra paisana Pilar Bueno Bautista, enfermera, atenta, en todo momento, de nuestra gente.

Este año, no se han recorrido las estaciones, costumbre del Jueves Santo; ni se han hecho limonadas; ni los del Cencerro han podido

degustar el bacalao el Viernes Santo; ni se ha podido celebrar la procesión del Santo Entierro; ni ha habido nazarenos ni se han lucido los pasos. Toda la liturgia y la representación de los pasajes pasionales han tenido lugar en la iglesia. El Domingo de Ramos, se bendijo el laurel en el templo y, en el mismo lugar, se organizó la procesión y la Eucaristía; el Jueves Santo, no hubo lavado de pies, pero, como siempre, la misa de la Santa Cena, la exposición

del Santísimo y su colocación sobre el altar del Cristo de la Capilla, embellecido con cirios y ramos de flores; y, al atardecer, la Hora Santa; el Viernes Santo, también en la iglesia el tradicional "Vía Crucis" mañanero; y por la tarde, la Pasión y Muerte de Jesús y la adoración de la Cruz; y en sustitución del Santo Entierro, una hora de oración ante la Santa Cruz. A la salida de estos actos, bajo los soporales, por la amenaza de lluvia, los alumnos de la Escuela de dulzaina y percusión interpretaron tres marchas procesionales de su repertorio habitual; la Vigilia Pascual, este año, se celebró, como estaba programado, en la iglesia de Alaraz; el encuentro también tuvo su sitio en la iglesia. El mando de luto de la Virgen, que cubría el mando blanco de gloria, fue desprendido,

y la Virgen y el paso de Jesús Resucitado se reencontraron tras estos días de Pasión y Muerte, mientras Víctor inundaba el templo con la interpretación de una de las danzas del paleo.

Y, asimismo, quiero destacar la actuación del coro parroquial, dirigido por Ángel Sánchez Cuesta, que ha solemnizado todos los actos litúrgicos con la interpretación de varios motetes y canciones, coordinados con los distintos escenarios bíblicos, que celebrados durante estos días de Semana Santa y Gloria.

El tiempo ha acompañado, salvo, el Viernes Santo, que nos acompañó con algunos chubascos; el resto de la semana hemos disfrutado de un sol primaveral, suavizado por un viento, a veces, fresquito, que no ha impedido darnos un garbeo por los senderos del río y otros parajes del término.



Este Cristo era del hospital de Santa Ana. Actualmente, está en la Iglesia

HISTORIA DE LAS DANZAS

Dentro de las tradiciones de nuestro pueblo, tenemos la más arraigada, las danzas de palos. Este tema es uno de los que han despertado más interés dentro del estudio del folklore de nuestros pueblos.

El origen de los paloteos no está claro, existen algunas teorías. La idea más generalizada era dar a estas danzas un carácter guerrero, su origen sería la derivación de las danzas de espadas; pero se impone más la idea de atribuirles con ritmos agrarios ancestrales, en la que recuerda como los palos fueron los primeros instrumentos del hombre para realizar sus tareas de agricultura en las sociedades pre-agrarias. Otra posibilidad que se bajara es la de contemplar los paloteos como gestos de antiguas danzas gremiales.

A Macotera llegaron por el año 1918.

Lo que sí está claro es que se practican en fechas determinadas ya sea de carácter religioso o pagano. Con carácter religioso, en Macotera, es tradición danzar en el encuentro, el Domingo de Resurrección.

Estructura de las danzas de palos

El paloteo consiste en una escenificación de una coreografía de baile corta en la que los danzantes golpean entre sí, y con el danzante que tiene de frente o a su lado, dos palos cortos al ritmo de la música.

Estas pequeñas coreografías se llaman calles y se van repitiendo hasta cinco veces, siendo la primera y la quinta la que se hace de frente al espectador o al Santo, si es religioso. La segunda calle hacia la derecha, la tercera hacia atrás y la cuarta calle hacia la izquierda.

Dentro de la estructura de las coreografías tenemos la redondilla, la vuelta de los guías, corrido a palo suelto, cuadros a palos sueltos, paloteos con guardillas, etc. y estará formada por cinco calles terminando con el baile de una jota. Los/las componentes del grupo deben de ser ocho como mínimo; cuatro en las esquinas, que son denominadas "guías", y cuatro en el centro denominadas "guardillas". Cada danza tendrá su propia letra y distinta coreografía. Aquí en Macotera tenemos entre 28 y 30 danzas registradas.

Los palos están elaborados con madera de encina bien seca para que el sonido que producen sea más definido y no se rompan.

No hay constancia de una indumentaria definida en Macotera, pero se conoce el traje con camisa blanca,

pantalón hasta las rodillas, fajín y media o calcetines blancos. Nosotras nos hemos diseñado nuestro propio traje.

Las melodías de los paloteos son interpretadas por la dulzaina, tamboril, y el ritmo de los palos de los danzantes al entrechocarlos.

Los hombres han sido los protagonistas de las danzas de palos hasta que:

Allá por el 2010, un grupo de mujeres de la mano de Vicente, iniciamos esta andadura como danzadoras, recuperando una tradición que estaba perdida desde 1988; y en la Semana Santa del 2011, con toda la ilusión y muchos nervios, ocho valientes debutamos junto a la Virgen de la Encina y Jesús resucitado, el Domingo de Resurrección.

Toñi Nieto



boletín informativo ASOCIACIÓN CULTURAL AMIGOS DE MACOTERA

Equipo coordinador

Eutimio Cuesta Hernández

Diego Losada Cosmes

Fernando Cuesta Martín

Ramón Zaballos Bueno

Juan Manuel González Hernández

Ángel Blázquez Taboada

José Luis Rivero del Campo

Juan Bautista Blázquez

Cristóbal Martín Bueno

M^a Teresa Nieto Bueno



Cuentas corrientes

UNICAJA

ES06 2103 2212 66 0030001166

Cooperativa Macotera "Sección de crédito":

5589

**Para los interesados,
la cuota anual es de 8 euros.**

Depósito Legal: S.192 - 1987

Impresión:

NUEVA GRAFICESA S.L.
Avenida de la Aldehuella, 80
37003 Salamanca

Dirección de la Asociación:

Boletín Informativo

ASOCIACIÓN CULTURAL

AMIGOS DE MACOTERA

C/ Gardenia, 1, 3º D

37003 - SALAMANCA

Teléf. 923 25 20 12

timicuesta@yahoo.es

EL ABUELO



Aquella tarde, sentado al lado de la puerta de casa, el abuelo rompía el silencio de la calle con su tos ronca y rasposa. El humo del cigarro coronaba su cabeza lentamente, formando una aureola a su alrededor. Los recuerdos de su juventud pululaban en el interior de su memoria, y, de cuando en cuando, una sonrisa pícaras se escapaba de sus labios.

Su mirada, perdida a lo lejos, sin atisbar la realidad que le rodeaba. Solo se sentía feliz y ufano con sus pensamientos:

“¡Puerca vida!-pensó: El tiempo camina en contra de uno mismo, sin saber por qué; y la sabiduría de la experiencia, que da el tiempo, solo sirve para desconuelo de esta triste vejez, cansada y elogiada, hipócritamente, por poetas y políticos.

Vana esperanza la de ser feliz, cuando las fuerzas no te responden; vana intención la de hacer aquello, que el cuerpo no te permite. Solo quedan los recuerdos, pero es poco consuelo, cuando aún hay vida”.

La tarde se fue adentrando en la noche, y la oscuridad se trajo de compañero un viento frío, que traspasaba el blusón negro, que cobijaba el torso del abuelo, pero su semblante no se inmutó, él siguió sentado sobre el poyete de piedra al lado de la puerta, sin prestar atención a lo que acontecía en su entorno, como sin querer sentir nada, ni aún el frío que le acercaba la oscuridad vespertina. Solo le aliviaba recordar, pero, a veces, la memoria, desconchada por el hostigo del tiempo, le traicionaba y le ofrecía imágenes de nubes blancas.

El cigarro seguía pegado a sus labios, y la fina columna de humo pasaba entre sus ojos serpenteando. La ceniza caía, poco a poco, como brizna de nieve, sobre su pantalón de pana y sus manos permanecían impasibles sobre su cayada. Aquella noche de otoño, los recuerdos iban cayendo como hojas de árboles que, durante el verano, le habían dado sombra. Poco a poco, pero, de manera imparabile, su interior se fue deshojando, y más y más nubes blancas inundaban su cerebro. Ya no escucha el viento. Ya no siente el frío. Sus ojos se tornan vidriosos y su cara, pálida. Una voz, desde dentro de la casa, grita: “Manuel, entra a cenar, que se enfría la sopa”. Manuel ya no pudo con- testar. Aquella noche de otoño, Manuel se quedó sin vida y sus sueños se fueron mecidos por el viento.

NOTICIAS DE MACOTERA

2º Concurso de Relatos Cortos “Río Margañán”.



La iniciativa de Paco Jiménez, concejal de Cultura del Ayuntamiento, va cundiendo entre los aficionados a la pluma., y se ha notado este año, con la presentación de veinte trabajos, (el doble que el año anterior): 16 de categoría de Adultos; 3, de categoría juvenil y 1, de infantil.

Cerrado el plazo de presentación del concurso el día 30 de abril, el jurado se reunió el pasado viernes, 7 de mayo, para deliberar y valorar los distintos relatos presentados.

El primer premio de la categoría juvenil se le concedió a “Recuérdame”, de Carolina M^a Díez Serrano, dotado con 100 euros y diploma; el segundo premio, correspondió a “Mi viaje al futuro” de Andrea Blázquez Jiménez, dotado con 50 euros y diploma.

El primer premio de la categoría de adultos se le otorgó a “El vuelo amarillo de las oropéndolas”, de José Agustín Blanco Redondo, dotado con 100 euros y diploma; y el 2º Premio: se le dio a “El señor del bigote”, de Alicia Blázquez Calvo, dotado con 50 Euros y diploma.

El Premio, al mejor relato de tema local, lo recibió “ El reto”, de Antonio Blázquez Madrid, dotado con 100 euros.

Spasmo Teatro, presentó: “ebook,20”.

La fantástica historia del libro.

Tuvo lugar el 1 de mayo, a las 10 horas, en el Centro Cultural de Santa Ana.

Conferencia a cargo de Olga Ivanova:

“¿Dónde están las palabras? Síntomas lingüísticos de la demencia”. Se celebró el 8 de mayo, a las 18 horas, en el Centro Cultural de Santa Ana.

La nueva es que ya están vacunados casi todos los mayores de 60 años y buena parte de los 50: más de la mitad de población. Dice el refrán: “Hombre prevenido vale por dos”. No hay que bajar la guardia. “La prudencia en la mujer”, de Tirso de Molina, yo la desplazo: “la prudencia en la juventud”. Por favor, hacedme caso.



1.- Gabriel Majo, 2.- don Leo, 3.- Jerónimo Pericache. 4.- no sé, 5.- Pablo Pucherero, 6.- José Antonio albañil, 7.- Juan Jardines, 8.- no sé, 9.- no sé, 10.- Jesús el mudo, 11.- Manolo Raúlín y Lucas



EL ARADO ROMANO Y EL PRIMER TRACTOR

Hasta los años 60 del siglo pasado, la mayoría de la población de Macotera trabajaba en el campo. Era normal ver por las calles yuntas de bueyes y mulas dirigiéndose a los caminos para ir a sus tierras hacer las labores propias de cada temporada. La principal herramienta era el arado romano. Parece mentira, pero después de muchos siglos era muy poco lo que habíamos progresado. No fue hasta 1953 cuando entró el primer tractor en nuestro pueblo.

Para los que solamente han conocido el arado romano colgado de alguna “**tená**”, como reliquia de otros tiempos, o en el museo etnológico de Macotera, les contaré lo que fue para el campo esta herramienta durante mucho tiempo. Como fui temprano “desertor del arao” lo haré con la ayuda de dos expertos labradores: mi hermano Pedro-Comenencias y mi primo Rafael-Colorao.

El arado romano no era tan simple como se ve a primera vista. Estaba compuesto de muchas partes que había que ensamblar antes de salir al campo. En su mayoría eran los mismos labradores los que construían esas piezas a base de sierra y zuela. Con el arado romano se labraba el campo con un enorme sacrificio para obtener el pan que nos sustentaba. Iba tirado por una yunta de mulas, o bueyes uncidos al *yugo* con unas *coyundas* de cuero, que en las matanzas se untaban con tocino para alargar su vida. Colgado del yugo llevaba el *barzón*, que con una *clavija* sujetaba un palo largo llamado *timón*. Dos *belortas* de hierro sujetaban el *timón* a la *cama* del arado y al *dental*, donde iba la *reja*. Debajo del *dental* llevaba una *caña* de acero y otra pequeña pieza llamada *cibica* que eran las que arrastraban por el surco. Las dos *belortas* también sujetaban a la *cama* del arado unos *cuños* y una *llana* de madera que, según su grosor podían hacer que la *reja* se introdujese más o menos en la tierra. La *reja* era de hierro con su parte delantera de acero. Se hendía con el esfuerzo del labrador, que con su pie en el *pisote* y su mano bien sujeta a la *mancera* del *estevón* la hacía profundizar y abrir el surco. En los laterales del *dental* llevaba sendos orificios donde se introducían las *orejeras*: dos palos oblicuos de unos veinte centímetros que volteaban la tierra creando el mencionado surco. La punta de las *rejas* se desgastaban y era corriente ver a los labradores con ocho o diez *rejas* al hombro camino de los Pericaches o del herrero de Ventosa, para añadir otro trozo de acero, que al fuego de la fragua, y, a base de gol-

pes de martillo y grandes mazos, el herrero y el labrador, hacían que la *reja* volviese a su estado original.

Como he dicho el primer tractor entró en Macotera en 1953. Lo compraron los *Abuelitos*. Uno de ellos fue el primer tractorista: mi pariente Gregorio, que a sus 93 años se enorgullece de ello, y le gusta recordarlo en la Residencia de Santa Ana, donde reside. Fueron a probarlo al sitio de la Juara. Allí se congregaron

muchos labradores. Los jóvenes para admirar aquel prodigio, los mayores para criticar el invento: ¡A donde vamos a llegar! -decían-, ¿Quién puede creer que un coche pueda labrar la tierra? ¡De pronto nos vamos hacer todos señoritos subidos a un vehículo para cultivar las fincas! Poco después entraron el segundo y el tercer tractor, los compraron los *Adrianes* y los *Monsas*. El Sr. Mateo el *Pepino*, vecino de la plazuela San Gregorio, también fue pionero. Fue el cuarto tractor que

entró en Macotera. Lo recuerdo perfectamente. Era un tractor de color anaranjado, enorme para aquellos tiempos. Un “Ursus” polaco que metía un ruido comparable al de una locomotora de tren de carbón de aquella época. Cuando paraba en la plazuela la onda expansiva de sus dos únicos cilindros, a la contracción de los grandes pistones del motor, hacía que los vasos y copas de cristal de la alacena de mi casa se moviesen como si hubiese un terremoto.

Después de muchos siglos el trabajo en el campo empezó a cambiar. El arado romano fue sustituido por el tractor. Esta máquina también ha cambiado mucho desde sus inicios. La cabina de mandos es casi como la de un avión. Ahora llevan calefacción, aire acondicionado, GPS y manos libres. Esto quiere decir que el tractorista solo tiene que actuar en el momento de dar la vuelta, cuando llega a la linde. Después puede escuchar la radio y mirar al cielo ¡Qué lujo! No hace tanto tiempo que con el arado romano los labradores iban al campo con pantalones de pana remendados y chaquetas descoloridas por el sol. Ahora van sentados en “un coche que ara”, llevan bambas último modelo y móvil de alta gama. Hay algunos que echan la jornada en el pueblo, y van a dormir a su piso en Salamanca. ¿Qué dirían aquellos mayores de 1953 si levantasen la cabeza? ¡Vivir para ver!



LAS PERSONAS QUE CONOCÍ, Y YA NO ESTÁN LA CALLE HONDA

En esta tarea, que me he encomendado, de recordar las personas que he conocido y ya no están en el pueblo y en la vida, hoy me ha correspondido recorrer la calle Honda y mirar a un lado y a otro, y lo voy a hacer con paso hondo y parsimonioso. Me detengo ante la puerta de Correos. Este local es propiedad del Ayuntamiento. Aquí estuvo asentada la carnicería municipal. Todos los años, el Consistorio la sacaba a subasta. Quien se quedaba con la posta, se comprometía a abastecer de todo tipo de carnes a la población y a respetar los precios que fijaba el Ayuntamiento a cada una.

Hubo necesidad de habilitar un local para instalar el servicio de Correos, y el Ayuntamiento lo consideró como el lugar idóneo, y lo acondicionó debidamente. Construyó dos plantas: la de abajo se destinó a oficina de Correos y la de arriba, se designó como sede de la recién creada Hermandad Sindical de Labradores y Sindicatos, 14 de marzo de 1943. He estirado la mirada en perspectiva en el



pasado y me he tropezado con la presencia de un montón de oficios que se asomaban a sus portales. Y lindero con Correos me encuentro con el “café Correos” de la señora Anita Bonilla. No llegué a conocer a su marido, Lorenzo Cosmes; en cambio, sí a sus hijos, José Antonio, Isabel y Concepción, excepto a su hijo Silvestre, que falleció en la guerra. El café de la señora Anita fue el centro de ocio y tertulia del pueblo, tanto de jóvenes como de mayores. Con el tiempo, su hija Conce y su marido Sirvilio abrieron un puesto, en el que despachaban refrescos, helados y chucherías. Y, al mismo tiempo, fue el hogar de Conce y Sirvilio, padres de Pedro, Silvestre y Julia. Y, enfrente, damos con las viviendas de Ignacio Chico y Alfonsa, su esposa. Ignacio, peñarandino de pro, ejerció de taxista. Con su vehículo, todos los días, se encargaba de llevar y traer a los viajeros, que precisaban hacer sus menesteres en Peñaranda o en la capital; y la carnicería del señor Adolfo. Recién casado abrió la primera carnicería en la calle La Luz, pero, pronto, se trasladó a la calle Honda. Recuerdo que poseía un perro *plañidero*. Cuando falle-

cía una persona y tocaban las campanas a duelo, el perro emitía un grito de dolor prolongado e intermitente, hasta que las campanas se entregaban al silencio. Su esposa se llamaba Isabel y también supe de sus hijos: Matea, Francisca, Natividad, Manuela y Miguel. Miguel siguió con el oficio de su padre. Pared por medio con la casa del señor Adolfo, figuraba la zapatería del señor Celestino *Porreto*, casado con la señora Eduvigia. Cuando pasaba a su vera, contemplaba como el padre y sus hijos faenaban, sin levantar cabeza, confeccionando y reparando calzado. Todos sus hijos siguieron el oficio del padre en Madrid, donde decidieron implantar su futuro. Y no quiero pasar

de largo sin nombrarlos: Juan, Santiago, Eulogio y Celestino. Y seguido, se encontraba la vivienda del señor Pedro Blázquez *Pocotriego*, casado con la señora Teresa, madre de Pedro y Miguel, y, en segundas nupcias, con la señora Encarnación, madre de Francisco, el pequeño. Convivió con Pedro, su hermano Gregorio.

Y sin querer, hemos dejado detrás la casa del señor Manuel Salinero, *Bolo*, casado con M^a Antonia Sánchez, de Peñarandilla. Como casi todos los Salinero, fue herrero. Tuvo su primera fragua en la calle del Oro, pero decidió trasladarse a la calle Honda. La pareja tuvo tres hijos: Adela, Antonio y Eutropia. Su hijo Antonio compartió el oficio con su padre y lo continuó hasta su jubilación. Avanzo unos pasos y doy con las casas de don Juan Francisco González Cosmes, veterinario, casado con Sebastiana Salinero Celador, los padres de Iluminada, Caridad y Moisés, padre de Juan Vaquerizas y Teresa. En esta casa, tuvo su pastelería el señor Francisco confitero y la señora Bernarda *Morenita*. Una vez libre, la ocupó don Ángel, médico, con su familia; y la de Eloy Bueno *Cabaña*, albañil. Eloy estaba casado con Guadalupe Blázquez y su primer hogar estuvo en la plaza del Mercado. Compraron la casa a la familia de Eliseo Rubio y aquí se asentaron. Tuvieron tres hijos, Miguel, Isabel y Rosa; Y la casa de señor Francisco Martín, *Habanero*, labrador, y la señora Petra. Tuvieron cuatro hijos: José Manuel, María, Marcelina y

Julia. Me detuve en los escaparates de la tienda de tejidos de Ángel Sánchez *Sargentillo*, una tienda amplia, bien abastecida, que regentaba junto a su señora, M^a Francisca. Un día decidió trasladar su negocio a la calle Santiago de Valladolid. Se convirtió pronto en uno de los comercios más señeros de la capital pucelana. Pasado el tiempo, abrió un nuevo local en la calle Teresa Gil. Sus hijos Melchor, Francisco, María y Ángel. Melchor y Francisco han sido los herederos gestores de la profesión de su padre. Su hijo Ángel falleció en un accidente en plena juventud. Pared por medio, se hallaba la casa del señor Antonio Bautista, *Tobalo*, y de la señora Agustina. De oficio agricultor. La pareja disfrutó de cinco hijos: Francisco, Rita, Brígida, Manuela y Antonio. Aproveché el cuarto y me colé en la casa de Ovidio y Benita. Me senté un rato y charlamos, mientras Ovidio, Manolo y Silvestre remataban unas botas de cuero para el ejército y la Guardia Civil. Ovidio se ganó el mayor respeto y consideración de las Fuerzas Armadas por la calidad y seriedad en su trabajo. Benita estuvo siempre presta a echar una mano a su marido en el remate de las piezas. Tuvieron cinco hijas, M^a José, (mi buena amiga, falleció muy joven), Manola, Lucía, Rosalía y M^a Luisa. Y termina este tramo de la calle, con la casa del señor Francisco *Barriles* y de la señora Eufrosia, donde asentó una pescadería Cruz *Panera* durante un tiempo. Y pasada la bocacalle, se encuentra la casa de las Elicias, hijas de don Francisco Bautista García, médico.. No llegué a conocerlo, pero sí a sus hijas, Elicia, Antonio y Gertrudis. Cuando el Ayuntamiento desposeyó de la titular a don Agustín García Talavera, el 23 de agosto de 1936, porque no era de su cuerda, y Macotera perdió un gran profesional. Nombro, interinamente, a don Francisco Bautista García, padre de las Elicias.

Me he dejado para atrás, la casa del señor Francisco Blázquez *Pocarropa* y de la señora Gertrudis, padres de Juana, Rosa, Antonio y Juan Francisco. Juan Francisco se quedó con la casa paterna, que contrajo matrimonio con Antonia Flores.

Y lindera con la casa de Paco, se alza la botica de don Gonzalo Hernández y doña Ángeles. Anteriormente, don Gonzalo regentó la botica, pero, en la calle de la Botica. Don Gonzalo era de Barbadillo, y doña Ángeles, de Fuentesauco. El matrimonio tuvo varios hijos y este hecho le animó a construir una casa amplia y, para su proyecto, eligió un solar en la calle Honda, y traigo a colación los nombres de sus hijos: Celia, Jesús, Alejandro, Mariano, Segunda, Mercedes, Purificación, Angelines, Asunción, Juana y Flora. La titular de farmacéutico de don Gonzalo, en Macotera, cumple los ciento quince años. Casi nada. Y a su vera, se encuentra el comercio textil y mercería de Francisco Jiménez *Barriles* y Eufrosia, natural de Diego Álvaro. Un comercio de gran tradición y que se prolongó de la mano de su hijo Fili-

berto hasta su jubilación. Francisco y Eufrosia tuvieron nueve hijos: Sofía, Carmelo, Floripe, Ana, Francisca, Crescencia, Antonia, Filiberto y Francisco. Y sigue la línea la casa de Avelino Blázquez y sus hermanos Fernando y Miguel. Avelino se casó. en segundas nupcias, con Quiteria Corrionero, de Santiago de la Puebla. Y, sin querer, hemos llegado a la casona de los padres Jerónimos de Alba de Tormes, que compraron a Francisca Cuesta Blázquez, viuda de José Jiménez Revisco, junto con la panera de enfrente, en 1782. Se ve que los frailes, en 1833, sufrieron los efectos de la Desamortización, y sus bienes fueron confiscados por el Estado. No sé cómo llegó, a manos de la familia de Francisco Blázquez, la vivienda de los frailes, lo que sí es evidente, es que el inmueble se dividió en cuatro casas: la de Avelino, la de Rosa, la de Antonio y la de Manuel y Teresa Madrid. Antonio Blázquez contrajo matrimonio con M^a Francisca Ruano, padres de Francisco, Manuel, Gertrudis.

Rosa Blázquez contrajo matrimonio con Antonio Nieto, *Arturo*; en la casa de Rosa, se encontraba la capilla de los padres Jerónimos, que utilizaban para sus cultos durante sus estancias en Macotera.

Y nos tropezamos con la flamante casa del señor Ramón Blázquez *Ranes* y de la señora Beatriz Madrid. Se trata de una mansión magnífica, de dos plantas con terraza y con oratorio, presidido por una imagen de Jesús Crucificado. Fue ganadero y desempeñó, durante varios años, los cargos de alcalde y de juez de paz. Dicha casa fue la sede del Colegio Libre Adoptado, hasta que se construyó el edificio de arriba de las eras grandes y la cancha, y que abrió los cimientos del porvenir a varios jóvenes de Macotera, Santiago y Alaraz.

Y nos colamos en el último tramo de la calle, y siguiendo la vereda de la izquierda, me fijo en la casa de Pedro Bautista *Ronquillo* y de Isabel Blázquez. Labrador. La pareja disfrutó de varios hijos: Manuel, Juan, Rosa y Teresa, Francisco y Fernando. En dicha casa, se construyó la Casa Sindical. No puedo por menos de entrar en la casa de nuestro amigo Juan el Zapa. La visitaba con frecuencia, pues mi padre me mandaba a reparar y buscar las medias botas, que Juan le preparaba con todo esmero y comodidad, pues se recorría, diariamente, todo el pueblo por su profesión de practicante y requería un calzado especial. Posteriormente, fue adquirida y habitada por Juan Antonio Blázquez e Isabel, y su hija, Rosalía. Y completaban la línea la casa del señor Juan Manuel Izquierdo (*Mancurreis*) y de la señora M^a Teresa Izquierdo (*Porreta*), los padres de Benigno, Mónica, Francisca, Antonia y Orencio. De oficio aguardientero. Atendía con su alquitara a los vinateros del pueblo, que, a cambio de su trabajo, algunos le pagaban con aguardiente, que él vendía por el pueblo. Como estaba perseguida su venta, él voceaba:

“se vende vinagre y lo otro”; la del señor Manuel Bautista del Ojio y de la señora Josefa Sánchez, Juanancha, los padres de Antonio, Elena, Melchor, Juan, José Luis e Indalecio; la del señor Julián Zaballos, el que decíamos de la “luz”, porque era el encargado del mantenimiento del tendido eléctrico y del alumbrado público, que gestionaban sus amos, los Domínguez. Estaba casado con señora Isabel. Tuvieron tres hijos Antonia, Presenta y José M^a; la de Valeriano Barcala, “el Peque”, casado con Remigia. Era transportista. Conducía un camión de su propiedad, que ponía al servicio del personal del pueblo. Era natural de Cantaracillo; la del señor Patro Blázquez huevero y de la señora Teresa, los padres de mi amigo Paco, Jesús y Serafina; la de Domingo Hernández Dulio, y de Mónica Izquierdo Izquierdo, los padres de Domingo, M^a Teresa, Pedro, Antonia y Benito; y cerramos el tramo con la de Liborio Sánchez pintor, y su esposa, Balbina y su hija Manola. Y doy vuelta al recorrido de este último tramo, y me paro ante la fachada de la casa que fue del señor Pascual Sánchez, el capataz, y de la señora Oliva Varillas. Me encuentro, con frecuencia, con su hijo Pascual y recuerdo a sus hermanos Alberto y Teresa. Dicha casa fue también la residencia de don Jerónimo, Maestro Nacional y de doña Edelmira. Y Después habitó Rogelio García, Gallinero, y Ana Bella García y, ahora, su hija Antonia. Más arriba, abría la puerta la vivienda del señor Agapito Blázquez y de la señora M^a Teresa Martín Cajarinas. Sus hijos: Ana, Alfonso, Teresa, Ignacio, Remigia, Pedro, Manolo y Francisco. Y seguido, se hallaba la casa del señor Miguel Flores Pinto y de la señora M^a Antonia Blázquez, con su familia: Isabel, Francisco (sacerdote), Germán, M^a Teresa, Fernando y Miguel. Pared por medio, la vivienda del señor Cristóbal Barrigueto y de la señora Melchora Sánchez. Fueron sus hijos: Juan Francisco, Agustín y Cristóbal. Una vez marcharon a Madrid, se asentó en ella, el señor Santiago Martín Zahoril y la señora Sebastiana. De oficio carpintero. Sus hijos: Francisco, Antonio, Carmen, Ángel y José. Y la del señor José Manuel Campos y de la señora M^a Antonia Gómez. De oficio carretero. Oficio que siguieron sus hijos: Fernando, Francisco, Alfonso y Antonio. Su hija se llamaba Joaquina. Y nos acercamos al final, citando la casa del señor Cristóbal Hernández Bueno, Picón, y la señora Catalina Cuesta Bonilla. Fue alcalde (el de la banda). Sus hijos: Isabel y Pedro. La señora Catalina tenía grandes dotes terapéuticas. Una vez libre, fue ocupada por Ovidio y Benita, donde ubicaron su primera zapatería. Y rematamos con la vivienda del señor Nicolás Hernández, chivero, y de la señora M^a Antonia Blázquez. Fueron sus hijos: Paula, Pablo, Celedonio, Agustina, Virgilia, Jerónima, M^a Teresa y Sofía. Como señalé al principio del relato, habréis podido comprobar conmigo, como, de cada portal, se asomaba un oficio.

DUERME; CASTILLA.

Techos de madera acogedora,
sobre lechos de sábanas limpias,
y silencios consoladores.
Templados fríos debajo lana.

Despoblados de almas modernas.
Susurros y algarabías de lustros.
Mareas húmedas y frescas,
en tejados y cultivos.

Algodones frotando los cielos,
con aires oxigenados.
Descansan y duermen los pueblos.
Sobre bodegas y eras.

Duerme; Castilla.
Recupera el peso de siglos,
arañando las tierras,
y emigrando los hombres.

Historia escrita,
en materiales e ideales.
Vuelven cada noche,
los espíritus vivientes.

Están ahí, se presienten,
en los oídos de las almohadas.
De madrugada abriga
el descanso de soledad.

Subconsciente colectivo,
dormitas y subyugas,
en agitadas ciudades
y desarraigados perturbadores.

No sufras, volverán,
Te quieren, no te olvidan.
Eres el enigma que les guía.
El sentido de tu existencia.

Duerme; Castilla.

Juan Lapeira. (Macotera 13/10/2020)



LA SEÑORA ROSA



La he puesto el nombre de Rosa, pero se podía llamar Isabel o Petra o Gertrudis. La señora Rosa es de todos los pueblos, porque, en todos los pueblos, hay muchas señoras Rosas. Y voy a hablar de la señora Rosa, porque ya está bien de dar tanto bombo a los personajes de la tele y a sus quimeras: es el momento de clamar que también existen almas sencillas y honestas, y sin voz, que tienen mucho que decir y santificar.

La señora Rosa nació el 17 de enero de 1922. A pesar de sus largos años, se conservaba estupendamente, llena de salud y de lucidez mental; el único problema, que la aquejaba, era su sordera senil, que la dificultaba, enormemente, a la hora de entablar una conversación con su familia y convecinos; por lo demás, se la veía ágil, inquieta y poseedora de una gran vitalidad. Debido a esta deficiencia, nos costó Dios y ayuda sacarle algún retazo de su dura y sacrificada vida, pero, a pesar del inconveniente, el rato que pasamos con la señora Rosa y su hijo mereció la pena.

A esta gente sencilla, le sorprende mucho que alguien se interese por sus vidas y por sus cosas. Tiene tal sentido de la naturalidad, que, para ella, su actividad no merece la atención de nadie, y tiene perfectamente asumida su intrascendencia, y la soporta con la mayor resignación y soledad. Es lo que vivió en casa de sus padres. No conoce el ruido de fuera ni de las trapisondas y manejos que se traen unos y otros. Ella solo sabe de honradez.

Cuando leyó en mis labios la palabra campo, inmediatamente, inició un relato sin tregua. Me contó: "Soy hija de Juan el *Cumaca*. Mi padre hacía pozos, charcas, bodegas y rozas por las dehesas; aviaba las viñas; escardaba y segaba en el verano. Yo iba a llevarle la comida y me tocó segar algarrobas, lentejas

y atar los haces. Era muy chica. No sé leer ni escribir, porque no fui casi a la escuela: Había que ayudar».

Mientras me contaba estas cosas, acariciaba un gato, que hacía unos momentos, le había traído Martín, y que el mozuelo había encontrado abandonado en la calle. "De chico, se hace bien en casa, de grande, es más difícil. ¡Qué haga lo que quiera!». El gato comenzó a sentirse a gusto, nos miraba con cara de hambre y de amparo. La señora Rosa, con su bondad y ternura, le *apatuscaba* un poco y lo convirtió en un huésped de la casa.

Ella no comprendía muy bien qué hacía yo en su casa. Debí caerla bien, porque siguió con su relato: «A mí me gusta mucho el campo. He pasado mucho frío y mucho calor», pero no se lamentaba de ello. Nos traza su calendario anual por estaciones:

"En el otoño, acudo al río y a las laderas a recoger leña y cortar retamas; con ellas, al hombro, me vengo para mi casa, desafiando fríos y hielos; en primavera, vuelvo al campo con el brote de los primeros collarbos y cardillos con una cesta grande de mimbre y un pequeño hachuelo; después, los pelo y, en platos, los vendo por el pueblo para ensalada y para acompañamiento de los garbanzos del cocido. En el verano, me veo con mi fardela, recogiendo espigas o rebuscando en aquel garbanzal perdido. Es una pequeña ayuda que aporto a mi precaria economía".

Y todos admirábamos esta leve figura que pasaba a nuestro lado, y nos saludaba con sencillez y humildad, las dos características que han hecho grande a esta mujer pueblerina. Toda una vida consagrada al campo, toda una vida viviendo al lado de la madre naturaleza. Ella sabe de las grandes virtudes del medio, de su influencia trascendental en la salud mental y física de los hombres, y más, en estos tiempos, en que se ha contaminado hasta su río, donde ella pasó tantas tardes y tantos momentos de sosiego y felicidad.

Pero la señora Rosa no es sólo la amiga del campo y del medio ambiente, es también una reflexión en estos tiempos, en que todo se está contaminando y pudriendo; en unos tiempos, en que los valores éticos han pasado a peor vida, expulsados por las voces de los falsos profetas del becerro de oro, que predicán, junto con el sanedrín, que existen dos tipos de valores y dos tipos de justicias: los de los que tienen y los de los otros; la de los que tienen y la de los otros.

La señora Rosa, ante tanto hedor, prefirió marchar con su amigo leal: el campo.

¿POR QUÉ NOS DESPOBLAMOS? ME CUENTAN LAS ALDEAS



Desde el alto del cerro de la Carrallano, oteo, en todas las direcciones, los puntos aproximados donde, antiguamente, estuvieron ubicadas unas aldeas: Sotrobal, Araúzo, Fresnillo, Melardos, San Mamed, Garcigrande, Valverde, Gómez Velasco, Juarros, Carabias, Valeros..., y que hoy se catalogan como fincas, dehesas o cotos redondos. Aldeas que, paulatinamente, se han ido despoblando, y los cimientos de sus casas y de sus iglesias han quedado sepultados por la acción del tiempo, del desuso y del trájín del arado.

La despoblación de esos pueblos se dio por diferentes motivos, pero nos vamos a centrar en los principales. Cuando se llevó a cabo la repoblación de la tierra de Alba, en 1224, hubo que edificar pueblos nuevos, pues los ya existentes eran insuficientes para albergar las oleadas de familias, que venían a establecerse a nuestras tierras. Una característica de la ubicación de estas nuevas aldeas era la proximidad y, por consiguiente, el estrechamiento de los términos. Vale cualquier ejemplo para confirmar esta realidad: Fresnillo distaba de Tordillos media legua y de Santiago, tres cuartos de legua; tal ocurre con Sotrobal, a una distancia similar de Macotera y de La Nava; otro tanto, con Melardos, de Santiago de la Puebla y Alaraz... A este problema, le sigue el más definitivo: las cargas fiscales que tienen que soportar. Se decía que de cada puño de sembradura, tenía que producir cinco, que se distribuían así: un puño, para el clero; un puño, para el monarca; un puño, para el señor; un puño, para los pájaros y el quinto, para el vasallo labrador. Éste, con su parte, tenía que alimentar a su familia y su ganado, y, además, apartar la simiente para la próxima sembradura. Y la cosecha dependía del cielo, y vinieron años de extrema sequía, de nieblas y tormentas, como sucedió en 1502, en que no se cogió un grano de cereal ni de uva, porque la piedra y el granizo arrasaron panes y viñas; y, entonces, el campo no era tan productivo como ahora. Antaño, la huebra de buena calidad daba cinco o seis fanegas; la de media calidad, cuatro y la de tercera calidad, dos o tres.

Esta situación, sobre todo, en el siglo XVI, era insostenible, y la gente empobrecida, perseguida por la miseria y por el hambre, se veía forzada a abandonar y buscar nuevos horizontes, también inciertos. La situación la describe, con toda su crudeza, la novela "El Lazarillo de Tormes", "tiempos en que había más ingenio que bienes de la tierra". Y de la situación, no era ajena la Corte, que, el 17 de septiembre de 1544, desde Valladolid, el príncipe Felipe (Felipe II) escribe a su padre, Carlos V, y le dice: *"La gente común, a quien toca pagar los servicios, está reducida a tan extrema calamidad y miseria, que muchos andan desnudos, sin tener de se cubrir..."*

Era una penuria extrema la que denunciaba el Príncipe al Emperador, cuando venía un año de mala cosecha: *"De un año contrario, queda la gente pobre de manera, que no puede levantar cabeza"*. Y se ven obligados a llevar una vida andariega, de allá para acá, siempre a la búsqueda de un nuevo horizonte donde poder mejorar, donde probar su suerte, es que, cuando la miseria acosa, obliga a este estilo de vida itinerante. Y estas son las razones de que varias aldeas de nuestro entorno se fuesen vaciando y sus tierras, baldías. Hubo casos en que los términos de esas aldeas se anexionaron a las poblaciones vecinas, como ocurrió con Fresnillo, que engrosó el término de Tordillos; Sotrobal, el de La Nava; Melardos, el de Santiago y Valeros, el de Gajates; el resto se utilizó para pagar servicios a caballeros que habían prestado su apoyo al monarca en sus andanzas bélicas.

Hay una noticia que procede de 1430, y que no quiero callar:

*"Con el objeto de fomentar la austeridad de la villa y su tierra, el Concejo prohíbe consumir algunos alimentos en fiestas y celebraciones sociales, prohibición que no se aplicará si los festejos tienen carácter **taurino**, se dio un viernes del mes de mayo. Estaba reunido el concejo, con sus regidores, procuradores y sexmeros, en la iglesia de san Juan de Alba. Entre los magnates se encontraba Miguel Sánchez, de Macotera, sexmero de Rioalmar. Manifestaron que, en dicha tierra, se hacían, muchos días, gastos desordenados y, para evitar tales despilfarros, ordenaron que, desde el domingo primero, ninguno sea osado de comer, en la villa y en su tierra, en bodas, cofradías, cabildos, bautizos, mortuorios y desposorios, ave alguna: gallinas, capones, patos y pollos; ni caza alguna: perdices, conejos, liebres ni perdigones, salvo si, en los dichos negocios o en cualquiera de ellos, **corrieren toros**.*

LA CRUZ DE MAYO

Apenas se hubo inaugurado la iglesia de Macotera, cuando se dieron los primeros pasos para crear una cofradía. La idea surgió de un predicador franciscano, don Pedro de Soto, que quedó impresionado por la devoción y celo que el pueblo sentía por la Santa Cruz. Se lo propuso a los clérigos del lugar, don Juan Caballo y don Andrés Sánchez, les cayó muy bien la iniciativa y decidieron reunir a unas cuantas personas; entre ellas, se encontraba Baltasar Blanco, que fue nombrado alcalde de la cofradía, Domingo Prieto, Martín Báñez y Gonzalo Martín. El padre franciscano, don Pedro de Soto, elaboró las ordenanzas, que habían de regir ésta. Marcharon a Salamanca. Don Diego López de Álava, catedrático de leyes, les dio el formato legal, y, con todo, se presentaron ante el señor Provisor General de la diócesis, dirigida, entonces, por el Obispo don Pedro González de Mendoza. Parecieron **buenas y justas**, y se aprobaron.

A esta **cofradía**, se le conoce con el nombre de **Veracruz** o de la **Santa Cruz**. Estaba dirigida por dos alcaldes, dos mayordomos y los ayudantes: dos mullidores y dos diputados; estos últimos se encargaban del orden de la procesión.

Su fiesta principal se celebraba el día 3 de mayo, el día de la Cruz. Asistían todos los cofrades a misa y a la procesión portando candelas. Después de misa, tomaban un refresco, en el que consumían treinta cántaros de vino, pero esta costumbre, por ciertos *“abusos y escándalos”*, fue prohibida. Los cofrades estaban obligados a acudir a los entierros de sus compañeros y misas de cuerpo presente.

El Jueves Santo, *el Jueves de la Zena*, (como lo llamaban ellos), por la noche, celebraban la *“procesión de las disciplinas”*. Se trataba de una verdadera manifestación de dolor y de profunda penitencia. Los cofrades llevaban su túnica, abierta por detrás, con la cara cubierta, y no podían llevar *“seña alguna conocida ni hablar palabra en la prozesión por donde sea conocido; el que fuere detrás, sea obligado de le acusar, so cargo del juramento que ttiene fecho”*. La disciplina consistía en irse golpeando las espaldas con correas, cordeles con nudos y cilicios. Se curaban las heridas con sebo de negrillo.

Las mujeres y los hombres mayores de 40 años no estaban obli-

gados a disciplinarse, aunque alguno, por propia voluntad, si deseaba hacerlo, no se le ponía impedimento. Los hermanos cofrades mayores, exentos de las disciplinas, se les exigía ir confesados, descalzos de pie y de pierna y rezar treinta padrenuestros y treinta avemarías.

Cada ordenanza finalizaba con un castigo al infractor (pena).

No faltaba quien pagaba dos o tres fanegas de trigo para librarse de la disciplina.

Existía una relación muy estrecha entre ellos, se consideraban hermanos de verdad: *Compañeros*. Si alguno caía enfermo y necesitaba cuidados, el alcalde de la cofradía nombraba, cada noche, dos cofrades para que lo acompañasen.

Tenemos referencia de que esta cofradía inició su andadura hacia 1574, y en 1813 aún existía. Se conservan dos libros, en los que se recogen sus ingresos y gastos. Llegamos a contar, en alguna ocasión, trescientos treinta socios.

La colación

Los cofrades, después de la procesión de las disciplinas, tomaban un

refrigerio en el que no faltaba el vino. Se cometieron algunos abusos, pues el alcohol no es muy amigo del orden y de la moderación. El señor Visitador estuvo a punto de acabar con esta costumbre, pero, dado el esfuerzo y pérdida de energías durante una procesión tan dura, siguió con la licencia; no obstante, con un llamamiento al comedimiento: *“Y por quantto es laudable costumbre legittimamente yntroducida, en la noche del Jueves de la Zena, los cofrades de la santa Vera Cruz tengan, después de la disciplina, una moderada colación; estta la permitto y deajo en uso y observación con tal que sea moderada, sobre cuio cumplimientto encargo a la conciencia de los curas y cofrades”*.

La colación del Jueves Santo consistía en un trozo de pan, que le daban el nombre de *cantilla (cantero de pan)* y un puchero de vino.

De aquí parte la vieja costumbre, que mantenían los jóvenes, de hacer limonada el Jueves Santo. Se trata de uno de los documentos más antiguos que nos legaron nuestros antepasados.



LOS YANKIS MACOTERANOS

A finales del siglo XIX, cuando la situación económica de nuestros pueblos volvía a ser insostenible, aparece, de nuevo, el símbolo de América como tierra de promisión, no solo de España, sino también de Europa; y así es como, desde los distintos puertos europeos, salen los grandes contingentes de personas, huyendo de la hambruna y de la miseria, que mordían sus carnes, en busca del amparo de la tierra del oro. Y allí quedaron generaciones y generaciones de españoles y europeos, en un mestizaje, que nos hermana con los pueblos americanos.

La emigración de nuestra gente a EEUU se inicia en las primeras décadas del siglo XX, muy especialmente entre 1900 y 1920. La travesía se hacía en condiciones deplorables; se viajaba, en tercera clase, y se ubicaba a los pasajeros en las bodegas, debajo de la línea de flotación, en grandes dormitorios sin ventanas, sin apenas ventilación y luz, donde dos mil personas se hacinaban sobre literas superpuestas. El viaje costaba diez dólares en 1880, y aumentó a treinta y cinco dólares después de la guerra de 1914. La comida consistía en papas y arenques.

Las embarcaciones se dirigían hacia un pequeño islote, llamado "Ellis Island", donde los servicios de la Oficina Federal de Inmigración habían instalado los centros de recepción, justamente, en la desembocadura del río Hudson. Este centro de recepción fue inaugurado en 1892, y, desde 1892 a 1920 pasaron por allí más de 25 millones de personas, a razón de cinco a diez mil por día; sólo un dos o un tres por ciento de los pasajeros eran rechazados; en este supuesto, la propia compañía de navegación se hacía cargo de los gastos del viaje de retorno. Llegados a "Ellis Island", se abría una ficha a cada emigrante, en la que se recogían sus datos personales, se les sometía a un reconocimiento médico, se les vacunaba, se les destinaba a un lugar y se les asignaba un tutor, domicilio y el lugar de trabajo, que ya venía prefijado en el contrato de salida de España

Como modelo os enseño la ficha de mi padre:

"Pedro Cuesta Martín llega a "Ellis Island" el 18 de marzo de 1920, a los 19 años, soltero. Llega en el barco "Isla de Parany", procedente del puerto de Cádiz. Tiene como dirección de destino la casa de Desiderio Cosmes en Youngstown (Ohio); va por tres años; sabe leer y escribir; color de pelo, negro y ojos, grises.

Lleva 45 dólares, y su padre se llama Cristóbal".

Cuba nos sirvió de puente entre España y los EEUU. Muchos españoles trabajaron en la Habana en la industria tabaquera y, en el último cuarto del siglo XIX, los Estados Unidos empezaron a grabar con aranceles los cigarros- puros y los cigarrillos cubanos. Es, en este momento, cuando muchos fabricantes afincados en Cuba, se trasladaron a Florida para librarse del pago de los impuestos. El traslado de la actividad tabaquera supuso, a su vez, el traslado de buena parte de los trabajadores especializados del sector desde Cuba hacia Florida. Estos trabajadores eran, en buen número, nacidos en España.

Los macoteranos, que fueron destinados a California, se emplearon en la recolección de frutas en el Condado de Alameda, en la mina de plata del Condado de San Benito y en los viñedos de Fresno. Como pueblo trabajador y austero, fueron haciendo su capitalito, que les ayudó muchísimo a superar la gran crisis económica,

que se desató en Estados Unidos en la segunda década del siglo veinte.

Esta economía saneada permitió a los españoles apostar por construir, en plena crisis, el "Club Ibérico", que inauguraron el 4 de agosto de 1926, en cuya junta directiva tuvo gran protagonismo la colonia macoterana. Superada la crisis, cada uno fue montando su negocio, asegurando su vida y el futuro de sus familias. Antonio y Pepe Calores pusieron en marcha granjas de gallinas, de venta a por mayor; los *Tobalo* se dedicaron a la chacinería: venta de chorizos, lomos y jamones; los *Potanches* se iniciaron en la construcción; Cayetano *Jarín* desempeñó varios trabajos en San Leandro: en una fábrica de conservas, en la recolección de frutas y pepinos, en la construcción de carreteras y ferrocarril, y, ya en

Sunnyvale, compró una finca de 25 Has y la dedicó al cultivo de la remolacha, que distribuía, con una caravana propia de camiones por todo el Estado. Se le conocía como el "rey de la zanahoria". Mención aparte merece la familia *Candonguín*, que arranca en Lucas Zaballos y sus hijos Resti y Enrique, que 1912, toma el barco camino de EEUU, y tras dura brega, en 1932, forma la empresa "Zaballos Brothers Construction", que llenó la ciudad de casas, escuelas y del primer parque industrial de la zona. En 1960, los hijos crean la empresa familiar "R. Zaballos e hijos", que sigue la trayectoria de sus ancestros, edificando



1.- María Teresa Hernández, esposa de Fernando, el fotógrafo; 2.- M^a Teresa Izquierdo, hermana de Valeriano; 3.- Teresa Hernández, madre de Vicente; 4.- no identificada. 5.- Paquita Ruiz.

apartamentos, oficinas e incluyen en su gestión el cultivo del viñedo y la elaboración de vinos en la ciudad de Livermore, Condado de Alameda.

Más familias. Valeriano Salinero Zaballos, junto con su tío Fabriciano, se trasladó de Honolulú a San Francisco en el SS China el 18 de marzo de 1913. Valeriano fue uno de los fundadores del "Club Ibérico Benéfico" de San Leandro, y ocupó el cargo de Vicepresidente. Aquí se casó con una macoterana, Teresa Irene Hernández González, quien había emigrado, desde Cádiz, junto con su madre, Verónica, y dos hermanos, Fernando y Ángel, el 24 de marzo de 1920, en el SS Satrústegui. Fernando se le conocía como el fotógrafo. Montó su estudio, primero, en San Leandro, después en la calle Unión de San Francisco y terminó instalándose en Sunnyvale, inmortalizando, entre muchos, a los macoteranos, en sus reportajes y retratos de bodas, bautizos y fotos familiares. La familia de Fernando es familia de los *Nicanores*, *Chaquetillas* y *Constantes*. (Publicamos su biografía en el boletín 184).

Valeriano y Teresa son los padres de Vicente Salinero Hernández (97 años), quien casó con Juana Bautista, hija de Gabriel y Paula, también macoteranos. Gabriel y Paula partieron de Cádiz en el SS Barcelona en 1920. Primero se dirigieron a la Habana, y después, arribaron a Nueva Orleans (EEUU), y, 5 de mayo de 1921, a San Leandro. Gabriel falleció pronto, y Paula tuvo que sacar adelante a cuatro hijos, en Mountain View.

No encuentro a los padres de estos tres pequeños, que emigraron, en el Buenos Aires, e 12 de febrero de 1916. Sus nombres, Florentino Bueno (6 años), Lesmes Bueno (4 años) y Rosa Bueno (2 años).

Me detengo un rato en la familia de Antonio Nieto Ruano, Punzón. Su primer trabajo, cuando tenía 14 años, fue recaudador de las contribuciones del Ayuntamiento de Macotera. Más tarde, junto a su hermano Fernando, entró en el negocio de la lana. En 1911, se casó con Antonia García. Tuvieron tres hijos. En 1920, con su familia, emigró a los EE.UU. Primero paró en Cuba, luego, marchó a California y se estableció en la ciudad de Hayward. Su primer trabajo recoger las cosechas de frutas en las fincas de los alrededores, por un dólar al día; después encontró trabajo en una fábrica de pólvora para armas; allí estuvo ocho años; cambió de oficio y montó una tienda de comestibles en Hayward. Trabajó hasta los 55 años, se retiró; y el resto de su vida, se dedicó a la compra y venta de propiedades. Cumplió los cien años y el alcalde de Hayward le entregó una placa y el título honorífico de "Ciudadano español".

La saga de los Barriles. Patricio Jiménez Blázquez y Carmen Martín Albarrán, natural de Pesués (Santander). Con toda su familia partió rumbo a San Francisco, y allí sigue buena parte de

su colonia. La integran Juan Jiménez y su esposa, Aurora García, padres de Carmen y Frank; Hilario Jiménez, casado con Asunción Curós, padres de Rosa Mar y Miguel; Ana Jiménez, casada con Pedro Sánchez *Echatierra*, padres de Pedro y M^a Carmen; Justo Jiménez, casado con Carmen, padres de Eulalia y Patricia; Patrocinio Jiménez, casada con Juan Antonio Martín, padres de Juan Antonio; María Jiménez y Francisco Albarrán (hermano de Juan Albarrán); Florián Jiménez (gran pelotaris), casado con Felisa Puebla, padres de Francisco, Patricio y Felisa; Patricio Manuel Jiménez, casado con Dolores López, padres de Rosa. José y Manuel; Carmen Jiménez, casada con José Wilche, padres de Ana; Raimundo Jiménez, casado con M^a Isabel Velázquez, padres de Elisabel, Raimundo y Belén; Rosa Azucena Jiménez, casada con Mariano Casado, padres de Mariano.

Argimiro Jiménez Blázquez, casado con Honorata García *Constante*.

Cristóbal Jiménez casado con M^a Teresa Bautista, padres de Antonio, Ana y Florencio. Antonio se casó con la macoterana Encarnación García García, padres de M^a Teresa, Cany, Toñi y Cristóbal. Pasado un tiempo en Sunnyvale, decidieron regresar a España, y residen en Salamanca; posteriormente, su hijo Cristóbal se decidió a retornar a EEUU. Allá aún permanecen los hermanos de Encarnación (*Confites*), Antonia García, casada con Miguel Cuesta, padres de Reyes; Antonio García, casado con Agustina Caballo, padres de Cristóbal, Pedro, Miguel Ángel, Antonio y Javier; e Isabel García, casada con Baltasar Blázquez *Roble*, padres de Alfonso y Mili. Ana María García, casada con Juan Manuel Castelló *Esquiliche*, después de un periodo de estancia en Sunnyvale, decidieron regresar a España, y fijaron su residencia en Talavera.

No todos los macoteranos partieron de puertos españoles, Damián y Pablo Bueno, embarcaron en el puerto de Cherbourg francés; y Pablo Bueno, en el de Lisboa. Y no todos los macoteranos se asentaron, definitivamente, en las tierras americanas, algunos, por la crisis industrial del segunda década del XX, tuvieron que regresar a España, como fue el caso de Lucio Izquierdo y Pedro Cuesta.

Ya no alcanzo a escarbar más entre el colectivo de familias macoteranas, que marcharon a California. Y remato con mi familia, la de José Manuel Izquierdo García y la de mi tía Josefa Quintero Horcajo, hermana de mi abuela Juana, padres de Sofía, Beatriz, Frank y Joe Izquierdo Quintero. Residieron en San Leandro, pero apenas tenemos noticias de ellos.

Nunca olvidaron sus raíces, costumbres y tradiciones. Fundaron la "Sociedad Cervantes" y todos los años, celebraban su día en Sunnyvale, y no faltaba un macoterano a la cita, aunque estuviese a varios kilómetros de distancia.

EL PARAGUAS

A todas las jóvenes que un día dejaron su pueblo para ir a trabajar a una fábrica de Oñate, municipio de la provincia de Guipúzcoa, (País Vasco)

Era media tarde, los nubarrones color topo se agolpaban y chocaban fuertemente entre sí en la planicie del cielo, produciendo un estruendo ensordecedor que pareciera una competición de ruidos.

Como canicas blancas, el granizo repicaba sobre el asfalto, mientras los vencejos huían despavoridos y algunos se guarecían bajo las cornisas de los altos edificios. Un viento impetuoso, envuelto en agua, calaba los huesos de los transeúntes que, indecisos, iban y venían buscando un lugar donde cobijarse.

Yo había salido de casa pertrechado de elementos para la lluvia, incluido mi paraguas, siempre presente y disponible en el paragüero a la salida de la vivienda. Mi paraguas era sólido y noble; me lo regaló mi hermana Mercedes cuando trabajaba en la fábrica Garay en Oñate. Lo tenía tanto aprecio porque siempre pensé que era un paraguas, no solo vasco, sino también macoterano, puesto que las mujeres de Macotera trabajaban en la cadena de montaje y sus aquejadas manos se veían reflejadas en él.

El color de su tela era azul oscuro y su empuñadura estaba hecha de una madera veteada muy agradable al tacto.

Continuaba abstraído de todo lo que acontecía a mi alrededor, hasta que un golpe de viento seco retorció las varillas del paraguas poniéndolo del revés y evitando la función de su cometido. Traté sin éxito de volverlo a su estado natural, pero fue un esfuerzo inútil pues algunas varillas habían taladrado su azulado cuerpo. Comprendí que tenía difícil reparación y muy pesaroso y desconsolado, lo cubrí con cartones y lo dejé apoyado en un contenedor de basura.

Continuaba la lluvia y el viento, mientras trataba de hacer me un hueco entre la gente que se agolpaba bajo la visera de la parada del autobús.

No era capaz de apartar de mi mente la imagen del amasijo de

metales envueltos con una tela. No soportaba pensar que algún chatarrero, rebuscando en la basura, lo pudiera descuartizar para sacar de él cualquier provecho económico.

Durante la larga espera en la parada del autobús, recordaba cantidad de anécdotas durante los muchos años que convivimos mi paraguas y yo, como aquella vez que un señor se acercó a nosotros cuando descansábamos en un banco del parque, al lado de casa. Noté que te miraba fijamente, tocaba tu empuñadura y pasaba las yemas de sus dedos por el alisado azul de tu tela. Me propuso comprarte y yo le insistí que no estabas en venta. Le pregunté el porqué de su interés hacia tí y me dijo: "Este paraguas ya no se fabrica y los que hay en el mercado suelen traerlos de China". Me contó que su oficio era paragüero lañador, único superviviente en la faz de la tierra. Todo esto, por si alguna vez hubiera que hacerte alguna reparación.



Recuerdo otras curiosas anécdotas: los cabreos en casa cuando dejabas caer, no sé si a propósito, algunas gotas de lluvia en el reluciente parqué recién pulido y barnizado; la novedad de tocar un botón al lado de la empuñadura y abrirte automáticamente, ahuyentando a las palomas que aquella viejecita daba de comer

a diario.

Y cuando íbamos a los toros, daba la sensación de que te enfadabas en una tarde que amenazaba lluvia y luego soportábamos un calor sofocante. También cuando sujetabas la artrítica levedad de una parte de mi cuerpo, evitando los resbalones por los gastados adoquines de las aceras.

La lluvia y el viento pareciera que se quedaban a vivir entre nosotros. El autobús se hacía el remolón y los taxis, como siempre, circulaban por el lado contrario.

Traté de comunicarme con dos amigos que sé que vivían muy cerca de allí, uno no estaba y al otro le era imposible venir a recogerme. Esto suele pasar con los amigos, que nunca están disponibles cuando más los necesitas. Sin embargo, mi querido y añorado paraguas estuvo siempre dispuesto a dar su vida por mí.

Jerónimo Salinero

RECORDANDO A MARÍA GARCÍA ZABALLOS

Con motivo del fallecimiento de mi amiga María “Violeta”, me han venido a la mente varios recuerdos.

Serían los años 1959 ó 1960 del siglo pasado, cuando toda mi familia emigramos a Madrid, yo le decía a mi madre casi llorando: “por qué nos tenemos que ir a vivir a Madrid, con todas las amigas que tengo aquí, dónde voy a encontrar allí otras amigas...”. Mi madre me miraba y respondía con silencio, ese silencio que ahora sé interpretar, pero que con 13 ó 14 años no se sabe interpretar. La escasez de trabajo para todos y las ansias de mejorar obligaban.

En un principio, mis padres no vendieron la casa de Macotera y, casi todos los años por San Roque, íbamos unos u otros, pero no todos los de mi casa. No sé qué año sería, la noche del día de la Virgen, era costumbre juntarnos las amigas y, al estar mi casa casi vacía, decidimos dormir en ella cuatro de nosotras, María Walias del estanco, Caly del Sr. Andrés el “sastre”, María y yo. Dormimos en la sala de abajo en aquellas camas tan grandes, que había entonces. Arriba tenía que dormir Vidal, como es natural. Dormimos atravesadas en la cama, pusimos sillas a los pies y dos almohadas en la cabeza, ya que, en posición normal, no cabíamos. Yo dormía entre medias de María García y Caly. Serían las 7 de la mañana, cuando María García dijo: “Qué mal he dormido esta noche, han venido los amigos y tu hermano Vidal a sacar el burladero por la puerta trasera y han hecho mucho ruido”. Las demás nos callamos porque, a pesar de la mala postura, no habíamos oído nada. Y había que ir espabilándose para ir al encierro a la Plaza Mayor, cuando los toros bajaban por el Camino Peñaranda, y la plaza estaba hecha con carros, escaleras y empalizadas.

Además de las amigas citadas, también formaban parte del grupo Vale y Alfonsi “Ponderinas”. Otra María y su hermana Manoli (primas de la fallecida), que vivían enfrente de mi casa, y que, casualmente, se apellidan también García Zaballos, pues las madres eran hermanas y de apodo “Violetas”. Los padres de estas tres no tenían parentesco pero se apellidaban García. Otra, que unas veces venía y otras no, era Caro, la sobrina del sastre de Tordillos, pero vivía un poco más retirada, y solíamos juntarnos por proximidad en las casas. Luego, había un grupo que eran las de Madrid, nosotras éramos las de pueblo, pero no importaba. Iban con frecuencia a Macotera. Eran: Ana Mari la “Gumersinda” y sus primas Tere e Isabel, también “Gumersindas” y “Piconas” para más detalle. Con estas, también nos “ajuntábamos”, según el argot popular.

Al casarme con un macoterano, he ido casi todos los años a las fiestas. A María “Violeta”, solía verla, y ya me habló de su pro-

blema. Ella se casó con Sigifredo “Berrendo” y, por el mismo motivo que todos, emigró a Vitoria.

Al ver que, últimamente, no iba, conseguí el teléfono por medio de su cuñada, la mujer de su hermano Miguel. Varias veces, la he llamado, no quería ir al pueblo, porque hacía mucho calor y se sentía más segura en Vitoria, donde si surgía algún imprevisto, podía acudir al médico, que la estaba tratando. Entre otras cosas, me decía: “Dios mío y por qué a mí”. Desde el año 2004, ha estado batallando contra una dura enfermedad, y ya no quería que probaran con ella más tratamientos. Para iniciar otro nuevo, debía desplazarse a Navarra o a Cantabria, y no tenía ánimo.

María, desde donde estés, yo te recordaré siempre, seguro que, desde ahí, verás a tus amigas. Yo, sobre todo, no olvidaré esos 13 ó 14 años primeros de la vida vividos contigo y con las demás, pues, aunque había escasez, dicen que son los mejores, porque no se tienen responsabilidades.

Tú, desde allí, nos ayudarás a vivir los años que nos queden.

Sólo ya podremos rezar por ti.

Un abrazo de tu amiga.

Sebas Sánchez “Gundina”



Defunciones

Marino Sánchez Zaballos, *Echatierra*

Mª Nieves García Blázquez, *Corralizas*

José Pérez García, *Chaquetilla*

Alfonsa Gutiérrez García, *Guchina*.

Antonio Labajos Cosmes, *Labajos*

Manuel Garrido Martín, *esposo de Mª Jesús Briñón*.

Manuel Zaballos Hernández, *Bizcocho*.

Alfonsa Bautista Hernández, *Pirina*

Guadalupe Mortón Cordón, *esposa de Antonio Zaballos Sandín*

AFICIÓN POR LOS TOROS



Sotero Domínguez Simón, natural de Paradinas de San Juan y afincado en Macotera desde los 9 años, siempre ha tenido una gran pasión por el mundo del toro.

Recuerda que desde bien pequeño lo que más le gustaba hacer era jugar a los toros

con sus amigos. Le viene a la memoria las veces que iba a casa del tío Quico, el Ñurrís, que tenía ganado, a ayudarle a tirar de la maroma para que las vacas subieran al camión para poner rumbo al matadero. También recuerda una vez que, Francisco, el hijo de Quico, estaba cargando un camión de toros y uno se le escapó y se fue hacia el río con la maroma puesta, pues... Sotero, ni corto ni perezoso, cogió su caballo, se fue camino del río y en cuanto vio al toro se "tiró" del caballo para agarrar la maroma, ya que el toro era manso, y lo llevó de vuelta al camión. A raíz de todo esto, aumentó más aún, si cabía, su afición por el mundo del toro.

Sotero acudía siempre que podía a todas las corridas de toros y, de todas ellas, me cuenta que una vez fue a Peñaranda de Bracamonte con más jóvenes a ver una en la que toreaba "El Viti". Estando en la corrida, veía que los toros no entraban en el toril, así que Sotero se dispuso a hablar con el mayoral para ofrecerse a meter los toros, cogió su vara y metió a los toros uno por uno en los toriles. Los jóvenes que allí estaban con él, entre ellos, Alfonso (confite) y Juan (el panadero), le dijeron que le tenían que dar un festejo como agradecimiento por haber metido los toros.

El festejo se disputó en la localidad de Peñaranda de Bracamonte el lunes 8 de septiembre de 1957, siendo un mano a mano entre Peñaranda y Macotera. Sotero cuenta, que fue mucha gente de Macotera, unos andando, otros en bici... y él como matador de la tarde, fue en coche con su respectiva cuadrilla, compuesta por Bartolillo (Gabriel), Ponderina (Antonio) y Mocete (Antonio) como banderilleros, Alfonso (el confite) como

AÑO 1957

Plaza de Toros de Peñaranda

LUNES 8 de Septiembre - A las 5 de la tarde

Como fin de fiesta, el Excmo Ayuntamiento organiza el siguiente FESTEJO POPULAR:

Sesacriónal MANO A MANO entre Peñaranda y Macotera

- 1.º Lidia de una res por el fenómeno de Peñaranda
EL PULGA
con su correspondiente cuadrilla.
- 2.º Lidia de otra res por la cuadrilla de Macotera.
Matador: Sotero Domínguez
Banderilleros: Bartolillo, Ponderina y Mocete
Apoderado: Alfonso «El Lanero»
Representante: Juan «El Panadero»
- 3.º Lidia de una brava res por el público en general, que podrá beber vino GRATIS de una cuba que se colocará en el centro del ruedo, durante la lidia de la misma.

Precios Populares

al alcance de todos los bolsillos.

Imp. de Almaraz - Sepúlveda, 16 - Salamanca

apoderado y Juan (el panadero) como representante. Como anécdota de esa gran tarde que pasaron, me cuenta cuando le llegó el turno a Mocete de poner las banderillas, que le entró el miedo y dijo que él no salía, hasta que los demás de la cuadrilla le obligaron y salió corriendo y le tiró las banderillas a la vaca, en vez de ponérselas. ¡El miedo es libre!

Unos grandes momentos y recuerdos vividos de toda una vida de pasión y afición por el mundo del toro.

Irene Domínguez Blázquez

Es frecuente que las fotos posean su alma y su contexto. Su alma en la luz o en las miradas, en el recuerdo o en un paisaje por ejemplo. Y el contexto en aquello que está oculto en la imagen pero que sobreentendemos. Así esta foto, desde la plaza Mayor, nos señala la hora del encierro en una mañana de agosto, donde unos jóvenes, que acaban de encontrarse, se juntan para la instantánea con la alegría de la fiesta en sus caras, con todo un día por delante para disfrutar. Deducimos que es San Roque sin más y por las varas de fresno, o sin ellas, sabemos que hay toros.

Toda la gente del pueblo ha pasado por este punto, donde se tomó la foto. Todo el pueblo, en un continuo, sigue pasando y pasará por este lugar, como hicieron estos cuatro jóvenes con todas las ganas de llevarse la fiesta y la vida por delante".

I. Flores



D.

C/ n.º Piso

Localidad C.P.

Provincia